

Pedro Henríquez Ureña *

Andrés AVELINO
Catedrático de la Facultad de Filosofía.

Para hacer un ensayo de bosquejar en el corto espacio de un discurso académico la múltiple y fecunda personalidad de esa cumbre de la cultura humanista que se llamó Pedro Henríquez Ureña, se necesita poseer una alta capacidad de síntesis y un contacto (si no un dominio) con el mundo de los valores por donde se pasó arrogante su figura platónica. La labor es más ingente y agobiadora si se piensa que me dirijo a un auditorio culto, enterado de la tradición, de la vida, de los sentimientos y hasta de las cosas íntimas de este gigante de las letras americanas. Confieso que no me siento poseedor de las dotes necesarias para salir airoso de esta empresa.

~~Su obra es de tal hondura y amplitud que sólo sintéticamente podre hablar de ella. Pido pues excusas por todo lo que dejaré de decir: por lo que no diga que pueda sin embargo haber dicho y por lo que no exprese por que no lo pueda expresar.~~

El pensamiento filosófico de Pedro Henríquez Ureña está insinuado con austera medida científica en un ensayo en que el escritor dominicano critica el positivismo de Antonio Caso expuesto en una serie de conferencias sobre el científicismo antimetafísico del filósofo francés Augusto Comte.

Escribí dos ensayos más de pura ideología problemática: Nietzsche y el Pragmatismo y La Sociología de Hostos, en los que se advierte su posición filosófica. Lástima que el pensador dominicano no continuase la

(*)—Discurso pronunciado en el acto académico celebrado el 29 de junio del 1946 para rendir homenaje al ilustre compatriota.

brillante labor teórica emprendida con estos estudios en que mostró una singular intuición filosófica respaldada por un profundo conocimiento de las corrientes filosóficas existentes. A su preferencia por los valores estéticos, se debe, sin duda, que la filosofía americana no haya recibido de él una más amplia contribución al pensamiento sistemático. Sin embargo en su obra de crítica literaria siempre aparece la actitud filosófica contenida, que ha hecho de sus juicios críticos notables páginas estéticas. No sé es filósofo sólo cuando se escriben ensayos sobre teoría del conocimiento, metafísica, filosofía de la religión o filosofía de lo inorgánico o de lo psíquico o de lo lógico o de la existencia; se hace también filosofía cuando se piensa en discusión problemática las cuestiones que aprehende el hombre ante la realidad y la existencia, cuando se encara en discusión dialéctica un problema de estética o de estilo. Todo es problemático en su esencia en la existencia; el hombre ordinario y el científico son los que desproblematizan a las realidades; cuando las consideran evidentes —no problemáticas— aunque no lo sean. Todo el que reflexiona sobre la esencia o la existencia o sobre el proceder o la conducta hace filosofía teórica o práctica. Nadie vive sin que su vida y su quehacer cotidiano estén dirigidos por una filosofía. Esta suele ser, es cierto, un traje teórico que el hombre de la calle se pone de prestado, sin habérselo hecho a su propia medida; es casi siempre una estructura ideológica correspondiente a una forma social típica de una comunidad. Hasta el profesional y el comerciante ajustan sus actos, aunque inconscientemente, a una filosofía materialista. Nada queda pues, fuera de la filosofía, a pesar del desdén que por ella el criticismo y el positivismo —los dos grandes enemigos de la Metafísica y de la filosofía— han infundido en la cosmovisión del hombre moderno. Es cierto que llamamos filósofo sólo al investigador de lo problemático que se confecciona su propia indumentaria

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

teorética. Sin embargo es éste el filósofo en sentido estricto, el que ajusta su vida al divino placer de la dialéctica desinteresada. Pero la crítica literaria es también una sublime dialéctica de elevada estirpe, en la que nuestro Pedro Henríquez Ureña fué profundo filósofo con extraordinarias dotes de investigador. En la literatura como en la filosofía, se manifiestan las tres formas del pensamiento ontológico: el filosófico, el religioso y el estético. Y en las tres la mente esclarecida del gran dominicano hizo galas de dominio y de superación.

Hace un análisis crítico de las conferencias de Antonio Caso sobre el positivismo de Comte y se opone con valentía al movimiento que pretende convertir la filosofía en ciencia: rechaza esa filosofía a filosófica que afirma que sólo se puede conocer lo dado en los datos sensibles, en los hechos de la experiencia científico-natural. En la época en que hacía filosofía pura Pedro Henríquez Ureña, 1909, era el Positivismo la filosofía de moda en México y en toda la América Latina aunque ya el traje científicista caía en desuso en los círculos filosóficos más bien orientados del continente europeo, al golpe de los anti-positivistas más notables: Boutroux, Renouvier, Bergson y Cousin.

Aunque después de Kant y de Comte es imposible encontrar un solo filósofo absolutamente despojado de positivismo en algún grado, por leve que éste sea, sin embargo, Henríquez Ureña se adelanta a la época filosófica del alba del primer cuarto de siglo y se opone al positivismo de Caso, armado de las mejores dialécticas anti-positivistas del momento filosófico europeo. Abjura de ese positivismo que él mismo maestro de la juventud mexicana debía rechazar más tarde, aunque no lo-grase libertarse de él en absoluto, pues permanece bajo su influencia en la forma sutil y ampliamente extendida hoy de la actitud científica de la mayoría de los filósofos actuales, que finjen poseer no sólo una medida, sino también una aspiración a la evidencia cientí-

fica en el campo de la problemática filosófica. Última forma, aunque leve, en que aún perdura el positivismo en la filosofía actual de mayor mérito, pues no escasean ahora mismo criticistas como Francisco Larroyo, y positivistas numerosos que escudados en la forma científica de la fenomenología, se abstienen de toda metafísica trascendente y de toda filosofía pura o apriori, desvinculada de la experiencia científica.

Pedro Henríquez Ureña reconoce el intelectualismo de Caso en el elogio que éste hace de los grandes metafísicos: Platón, Espinosa y Hegel y en que se declara idealista en la teoría del conocimiento. El positivismo es planta exótica en el espíritu latino. En Antonio Caso comienza a palidecer a penas nace, deslumbrado por la proclamación y la vivencia de los valores eternos de la cultura, que hicieron altamente valiosa la vida austera del maestro de la juventud mejicana. En Eugenio María de Hostos es una contradicción perenne entre los postulados de una Sociología científica —organicista, sociográfica y etnográfica que ignora la sociología de las formas y la sociología cultural— y la inmolada vida del maestro de la juventud dominicana dedicada en absoluto a la virtualidad de las esencias y al cumplimiento de los más altos valores del espíritu.

Ante la cita que hace Caso de Poincaré "todo es pensamiento" y el alegato de aquél en favor de la especulación teórica, Pedro Henríquez Ureña exclama con entusiasmo que señala su genuina orientación metafísica y filosófica: "Entre los muros de la Preparatoria, la vieja escuela positivista, volvió a oírse la voz de la Metafísica que reclama sus derechos inalienables".

No debe considerarse la obra filosófica del gran crítico como algo realizado al acaso, en medio de los titubeos de la juventud, por el que desconoce aún el propio surco de su vida, intenta uno y lo abandona por impericia.

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

El crítico no pretendió nunca ser filósofo estricto, pues si tal cosa hubiera anhelado, tal hubiera sido; tenía sobrados talentos para ello. Pedro Henríquez Ureña sabe que no se puede ser crítico sin filosofar, sin tener una sólida cultura filosófica y buscar su propia orientación en ella.

No quiere ser un crítico subjetivo, churiguero, de esos que sólo llaman la atención por la pasión, la parcialidad y la distorsión de sus escritos; anhela ser crítico objetivo, imparcial, eterno en sus apreciaciones estéticas. Y como sabe que esto no se puede alcanzar sin provisión filosófica y vive además un momento de desquiciamiento teórico, como quien sabe que va a emprender un largo y arduo viaje por el continente de la cultura, prepara con meticulosidad refinada sus alforjas ideológicas. No quiere ningún instrumento falso ni malsano en su equipaje teórico y hace una revisión de valores, una profesión de fe ante sí mismo, frente a las corrientes de moda de las filosofías espurias del momento: el positivismo y el pragmatismo.

Se ha dicho de antemano: no me dirigiré en mis juicios estéticos ni por el positivismo ni por el pragmatismo. Mis reflexiones literarias serán objetivas, pero no con una objetividad científica a lo Hume o a lo Kant, sino con una objetividad filosófica, que aunque de sentido romántico, porque en ellas jugará un papel preponderante la intuición, no podrán caer tampoco en el campo estricto de la fenomenología de Husserl, debido a su marcado rechazo de la Metafísica. Pero tampoco será un romántico absoluto a lo Schopenhauer o a lo Bergson, proclamador este último de un irracionalismo integral; ni un antiintelectualista en el sentido de James ni en la dirección de Nietzsche.

La admiración del crítico a la obra platónica lo abroqueló contra toda contaminación maleante del pensamiento contemporáneo. De Pedro Henríquez Ureña no se puede decir que es un filósofo a secas. Pe-

ro se puede decir algo más, que es un pensador, un crítico de amplia cultura filosófica, un escritor que reflexiona sus juicios en actitud objetiva, filosófica. De ahí la profundidad y justeza de sus admirables ensayos críticos.

El no pudo tomar posición adversa a la sociología hostosiana. Quizás se deba ello a la admiración sin tasa que profesaba al gran sociólogo antillano. Su labor se limita a presentar con unción admirativa la sociología del pedagogo y sociólogo dominicano. Permítaseme así llamarlo porque en tierra de Santo Domingo, en ambiente dominicano, y en intercambio directo con la juventud de este pueblo que lo admiró, lo combatió, lo amó y lo comprendió, realizó su obra sociológica y pedagógica el grande iluminado de Puerto Rico.

Para Pedro Henríquez Ureña el más alto mérito sociológico de Hostos se basa en su concepción de siete leyes que rigen toda la vida super-orgánica. No rechaza ni el cientificismo nomológico ni el positivismo organicista y cosmológico de la sociología hostosiana. Antepone la ley fundamental de su sociología, la ley de necesidad, al concepto de la "conciencia de la especie" de Giddings desarrollado antes por Darwin quien considera la simpatía como fundamento del instinto social y base del sentido moral.

Pero ni la conciencia de la especie ni la simpatía son el fundamento de la esencia ni del origen de lo moral. Hostos no discute los problemas sociológicos en actitud filosófica o problemática sino presenta sus ideas sociológicas en forma dogmática científica, con una evidencia apodíctica de leyes inmutables e indiscutibles, como lo hacen la totalidad de los sociólogos.

No se ha escrito hasta el presente una sociología filosófica que discuta los problemas antinómicos de la sociología. A penas se han escrito sociologías sistemáticas pero en forma científica como la de Toenies y la de Simmel. La de Tarde, la de Durkheim y la misma

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

sociología alemana de las formas son demasiado científicas para ser filosofía de lo sociológico.

Ninguna de las soluciones antinómicas a que ha llegado científicamente la Sociología, caben en el marco espiritual de Pedro Henríquez Ureña. Ni el contractualismo de Hobbes, Espinosa y Rousseau, ni el organicismo de Merenio Agrippa y Platón, ni el intelectualismo de Comte ni el materialismo histórico de Marx, ni la división del trabajo social de Durkheim, ni "un proceso de oposición de deseos resuelto en acuerdo de creencias" de Tarde, ni la lucha de razas de Gumpeovicz ni la "conciencia de la especie" de Giddings, pueden ser el fundamento de lo social para quien hizo repulsa consciente del positivismo y del pragmatismo. Sólo una sociología de las formas de base cultural cabría en el amplio espíritu del gran crítico hispano-americano Pedro Henríquez Ureña, para quien la última antinomia en que aparece el problema de la esencia de lo social, comunidad y sociedad, carecería de fundamento y de validez, pues la sociología alemana sólo señala las dos formas típicas de lo social: Gemeinschaft y Gessellschaft, pero no discuten ni cuál de las dos es la fundamental ni cuál es el dato último de lo social que determina a esas dos formas típicas de cultura. La teoría de la sociología de las formas es intuida fenomenológicamente, en actitud objetiva, científica, no en posición filosófica, problemática. Sus mismos creadores han reconocido la ausencia en ella de toda construcción metafísica. No es propiamente una teoría sociológica, sino una mera aprehensión de las dos formas fundamentales en que aparece como factum de la cultura el ente social. Toenies y Simmel, los creadores de la sociología de las formas se limitan a señalar por un lado la forma típica social comunidad: la familia, la religión, el Estado; y por otro la forma social sociedad determinada por el comercio material de los individuos. Pero más que esto la sociedad es todo conjunto de personas vinculado por unas

mismas relaciones de intuición y preferencia de valores sustentados de modo consciente, y en libre discusión autónoma de los mismos. Una sociedad en comandita, un club deportivo, una sociedad recreativa, una institución científica, artística o filosófica, un Estado democrático, se instituyen después de una discusión de los ideales de la constelación de valores que sus miembros, personas autónomas y libres se proponen sustentar y vivir. La sociología hostosiana, tal como reconoce Pedro Henríquez Ureña es determinista y cosmológica no sólo por su concepción individualista y organicista sino también por su aceptación de la estática y la dinámica social comtiana y aún más por su sentido naturalista y materialista de la libertad, la que concibe como "el modo natural de hacer las cosas". Concepción evidentemente determinista de la libertad que no podía encajar en la ontología pluralista e indeterminista de la metafísica de Henríquez Ureña ni aún en el alma visionaria e idealista del luminoso y altruista espíritu hostosiano, que sólo por la influencia comtiana podía sustentar tal concepción del mundo materialista. Libertad es la posibilidad que posee toda persona de poder decidirse entre dos puestas de valor. Es necesario salvar la obra profundamente espiritualista, proclama e idealista del pedagogo y sociólogo antillano del cáncer positivista que la hirió de muerte. El positivismo es un apéndice extraño en su grandiosa obra de espiritualidad, de abnegación, de dedicación apostólica a los más altos valores del espíritu. El hombre se valora por lo que él valoriza, por la preferencia de valores, que manifiesta frente al cumplimiento de valores de las demás personas. Valoramos la persona de Pedro Henríquez Ureña por la estimación que ha hecho de la persona altamente valiosa de Eugenio María de Hostos, por la admiración que profesó a ese sacerdote de la democracia, de la virtud ciudadana, de la cultura y de la libertad americanas. No importa que su tendencia laica de origen

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

positivista lo llevase a apartar de la escuela dominicana el más alto de los valores espirituales, el valor de lo sagrado. Era aquél un rechazo meramente teórico y no ontológico ni vivencial del valor religioso. Su vida y su obra están ahí, como la de Pedro Henríquez Ureña para mostrar al mundo la galería de productos de la cultura que nos legó el cumplimiento de los valores perfectamente jerarquizados de los dos más grandes pensadores antillanos.

No importa que su luminosa moral social, sea una moral utilitarista y una moral de los deberes y no una ética de los valores. No importa que fuese una ética de bienes y de fines y que recibiese la influencia de la ética formal kantiana del deber, del imperativo categórico de la suprema ley moral, exenta de todo contenido y que su teoría moral no aprehendiese la esencia de lo ético. Nos legó la estela luminosa de su obra y de su vida austera y noble inmolada en cumplimiento de los valores morales. La teoría del origen y la de la esencia de lo ético o de lo social poco importa cuando la persona consume su vida en el cumplimiento de los valores espirituales perfectamente jerarquizados.

La teoría de las formas sociales carece aún de fundamentación filosófica. Simmel no justifica ni da validez a su concepción de la sociología como una mera geometría de las formas sociales.

Toenies trata, apesar de su positivismo, de fundamentar las dos formas sociales comunidad y sociedad en las categorías de unidad y pluralidad. "La unidad de varios hombres, puede como toda unidad, considerarse de dos modos, o bien la unidad, precede a la pluralidad que de ella deriva o bien la pluralidad existe anteriormente y la unidad se produce después".

En las comunidades es primero la unidad, en las sociedades primero es la pluralidad. en la comunidad sólo existen individuos heterogéneos sometidos a la dictadura de la comunidad que le impone dogmáticamente

una jerarquía de valores y una filosofía oficial como una metafísica inmutable. En la sociedad la pluralidad está constituida por personas autónomas que discuten la tabla de valores a sustentar y la proclaman en forma contractual, que puede ser llamada declaración de los derechos del hombre, carta fundamental del Estado o Constitución o estatuto de sociedad o acta matrimonial, etc. En la sociedad la tabla de valores puede ser discutida, reformada y cambiada a voluntad de sus miembros. En la comunidad nunca. La comunidad es comunidad de sangre o de raza, de metafísica dogmática, filosofía espiritualista o materialista.

La dictadura fascista, la nazista y la del materialismo histórico, son formas típicas de comunidad. La teoría de las formas pone erróneamente al lado de esas comunidades materialistas, las comunidades religiosas, las que si son comunidades en cuanto aceptan una tabla de valores y una metafísica impuesta, son esencialmente distintas en cuanto son espiritualistas y sus miembros no se inmolan sólo en ofrenda a la comunidad sino trabajan en ella para salvación de su alma. El Estado democrático no es una forma social de comunidad, sino una forma cultural de sociedad.

El fundamento de las formas sociales está en la vivencia y cumplimiento de los valores individuales y sociales colectivos. Cuando la tabla de valores que viven los individuos es impuesta e invariable, se determina una forma social de comunidad; cuando la tabla de valores puede ser libremente discutida y modificada por las personas que la viven, se determina la forma cultural de la sociedad cuyo tipo más perfecto es el Estado democrático o cualquier otra forma social contractual.

No siempre se da de hecho una forma de comunidad absoluta ni una forma estricta de sociedad.

Así como en el hombre hay una eterna lucha entre el individuo y la persona, en toda sociedad se establecerá una pugna entre la comunidad y la sociedad, o sea

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

entre la tendencia al anquilosamiento e imposición de una tabla de valores sociales y el reconocimiento de la dignidad de la persona humana para discutir y cambiar la jerarquía de valores de una determinada sociedad. Una sociología de las formas culturales pero fundamentada en la teoría de los valores es lo que pugna por surgir en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña en medio del clamor emocionado de la frase admirativa, que no por sentimental deja de ser objetiva cuando rechaza de la sociología hostosiana lo rechazable; desde luego, dice Henríquez Ureña, gusta Hostos de las designaciones organicistas y aun de los procedimientos del organicismo apellidado naturalista o filosófico; pero nada más define la sociedad como ser viviente, concepto que cabe dentro de la idea general de organismo "sin buscarle sistemáticamente analogías con los seres biológicos ni precisar la diferenciación de órganos pues los cinco que describe (desde el individuo hasta la nación) ejecutan indistinta y simultáneamente todas las funciones". Sociología cultural ha de ser la del hombre que dedicará toda su vida a la virtualidad de la cultura. Así lo ha de expresar más tarde Henríquez Ureña en intenso y profético ensayo: "La Utopía de América", donde pide la verdadera cultura, no la falsa ya rechazada por Rousseau; "Con fundamentos tales, México sabe qué instrumentos ha de emplear para la obra en que está empeñado; y esos instrumentos son la cultura y el nacionalismo. Pero la cultura y el nacionalismo no los entiende, por dicha, a la manera del siglo XIX. No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de diletantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivaban flores artificiales, torre de marfil donde se guardaba la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo; aprender no es sólo aprender a conocer sino aprender a hacer .

No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular”.

* * *

La filosofía de Pedro Henríquez Ureña comienza en sus ensayos de crítica filosófica, pero sigue desparrramada en los certeros juicios de sus admirables estudios de crítica literaria.

Para captar el sentido de una obra no debemos perdernos en el bosque intrincado de ideas, matices y temas secundarios que son meros vehículos de expresión, hay que ir directo a la idea unitaria, matriz y creadora. Si nos preguntamos cuál es el sentido, la meta, el pensamiento central que dirigió la vida fecunda y trascendente de ese cíclope de las letras universales, hemos de respondernos: la unidad, la objetivación y la reafirmación de la cultura española e hispano americana. Todo lo que él hace, todo lo que intenta hacer, todo lo que proyecta, todo lo que llena de noble espiritualidad su vida, está dirigido por esa idea matriz de la expresión del espíritu español e hispanoamericano. Sólo se expresa el espíritu. Buscar nuestra expresión es buscar nuestro espíritu. Por eso sale él, moderno Quijote, armado caballero de la literatura de la raza, soñando eternamente con su dulcinea España, en busca de los molinos de vientos de nuestra expresión. Por fortuna este moderno ilusionado del espíritu no cabalga endeble rocinante sino monta el brioso corcel de su amplia y sólida cultura, hinchado por la brisa de la pampa americana y endurecido por los aciertos como por los errores de la cultura europea.

No sale nunca apaleado como el divino loco de la campiña española. Sale en busca de nuestra expresión en procura solemne de nuestro espíritu y lo encuentra. Lo encuentra en México en la cultura indígena, en la indo-española, en el movimiento cultural que él mismo inicia al amparo de Vasconcelos y que se perpetúa en luminosa y autónoma expresión en los Alfonso Reyes, los Casos, los Larroyos, los Ramos. Por eso su ma-

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

nera es presentar, pueblos, personas, obras, ambientes y cosas, porque por todo ello habla nuestro espíritu indo-español.

Por Pedro Henríquez Ureña acaba de hablar el espíritu con una de sus voces más grandiosas, el habla luminosa y eterna de una cultura. Loado sea su valioso y ligero paso por este mundo pesado y sombrío. Su cuerpo vistió siempre la mirífica túnica griega, su pie calzó sandalias de raso con cintillo de oro en sus romerías culturales; su huella luminosa eternizará los senderos platónicos y hará frutecer las rutas estelares del espíritu. Por él, una vez más, de manera óptima se expresó, se recreó lo absoluto. He ahí un elegido, un colaborador excepcional en la obra del espíritu, en el divino hacer de Dios. Son tantos los millones de hombres, dedicados a la materia, ante los cuales, el espíritu se detiene, se pasma, queda estático, mudo, inhábil para su propia obra de recreación, que cuando contemplamos esos máximos colaboradores de la divinidad como Pedro Henríquez Ureña, intuimos un beatífico sentimiento de dependencia y de admiración casi místicos. Pedro Henríquez Ureña con Ortega y Gasset, Unamuno, Keisserling y Waldo Frank lleva a la categoría de problema filosófico, a pueblos, razas, espíritus, ambientes, terruños, modos de vida y formas de expresión. Nace la nueva filosofía del mundo de la expresión en cuanto expresión, que aunque no ha sido aun sistemática y conscientemente sustentada como tal, es ya de hecho una magnífica objetividad filosófica perdurable. Henríquez Ureña ha contribuido como el que más, aunque de modo espontáneo como los otros, a esa metafísica de la expresión, a esa filosofía de lo expresivo, que aunque desdeñada en Ortega y Gasset y en Keisserling con el mote impropio de filosofía de lo intrascendente, es por el contrario, filosofía de superlativa trascendencia. En Ortega y Gasset, es ciertamente una admirable fenomenología de la expresión, sin unidad sis-

temática; en cambio en Henríquez Ureña el tema unitario y central le imprime categoría de filosofía sistemática de la expresión.

Por otra parte, filosofía de la cultura es, en su más recto sentido, filosofía de la expresión, filosofía de los modos de expresión del espíritu. Tal filosofía no podía sino ser filosofía de base fenomenológica, descriptiva de los valores objetivos de la cultura. En Henríquez Ureña aparece de cuando en cuando salpicada de dialéctica, cosa impropia de los modos fenomenológicos, su fenomenología de nuestra expresión.

Excelencia debida, sin duda, a la honda influencia del divino Platón que en él había.

En busca de la expresión de nuestro espíritu va a las Universidades Norteamericanas y reafirma allí, en admirables cátedras de literatura española, la más genuina expresión de nuestro espíritu.

El arte y la literatura americanos antes de Pedro Henríquez Ureña, habían sido enfocados por la crítica —con raras excepciones— de modo incientífico y afilosófico. El es quien inicia en América la investigación científica literaria y la discusión dialéctica del ensayo filosófico sobre hombres, obras y cosas en su libro *Horas de Estudio*, labor que había de culminar en la señera y diáfana perfección de su más logrado ensayo filosófico en busca de Nuestra Expresión. Al lado del estudio de crítica literaria aparece el ensayo de fundamentación filosófica en sentido estricto o de enfocamiento fenomenológico de problemas, personas, ambientes y cosas. En unos precede el diálogo filosófico a la investigación científica de la objetividad artística; en otros el discurrir es estrictamente filosófico o exclusivamente literario. Allí donde trascienden ambas manifestaciones de su múltiple personalidad el ensayo filosófico precede siempre al literario, signo evidente de la jerarquía que desde su mocedad hasta la edad ma-

dura impone el pensador a los productos culturales objetivos de su propia elaboración espiritual.

El gran crítico no dejará, a pesar de su rechazo, de recibir la influencia positivista, que se manifestará en la medida y discreción de la investigación científica literaria, de sus admirables indagaciones en el lenguaje y en la intrincada métrica castellana. A pesar de su rechazo del pragmatismo y de la tabla nietzscheana de valores y de su repulsa de una verdad válida sólo por su verificación, será pragmatista, no en el restringido sentido filosófico ordinario, sino en el amplio significado de un pragmatista integral, que ha de experimentar la gama completa de los valores culturales.

En busca de la expresión de nuestro espíritu va a su España, a mostrársela a los mismos españoles, que en libérrima actitud personalísima no la ven en su más profunda y genuina expresión; va a mostrarles los lazos espirituales que unen a la madre fecunda con sus hijas espirituales: La Unidad de la Cultura. El quiere que se perciba "esa unidad que él descubre en las cosas españolas". Cada ciudad tiene su espíritu, dice, en un breve ensayo de presentación de las ciudades españolas. Su espíritu no es sólo sus calles, su ambiente, su paisaje, sino también sus costumbres, sus poesías, sus cantares, su literatura, su vida bohemia. Hay momentos en la historia intelectual de España en que para él el más alto pensamiento filosófico se refugia en los místicos y en los líricos. Contribuye también a la valoración de la segunda parte del Quijote, "llena de matices delicados, de sabiduría bondadosa" en contra del dicho "Nunca segundas partes fueron buenas" del propio Cervantes. "Es la glorificación moral del Ingenioso Hidalgo".

En busca de la expresión de nuestro espíritu muestra en Plenitud de España la jerarquía de cúspide que le corresponde a la cultura moderna española en el mundo. Presenta los valores espirituales de la cultura his-

pánica, desde Lope de Vega, su más grandioso lírico, hasta los matemáticos españoles actuales, para mostrar que el "mal de España" no está en su falta de cultura científica, no experimental, como creen muchos. No puede estar tampoco en lo que creyó Ramiro de Maetz, que el mal de España es misterioso y no tiene remedio. El mal de España está como el de todo pueblo en la falta de cultura espiritual amplia y profunda. Una cultura por los valores espirituales, no de carácter predominantemente científico, técnico y profesional; una cultura sin alma, positivista, materialista, en que los más altos valores del espíritu, los valores religiosos, los éticos y estéticos sean postergados por los bajos valores de lo vital y de lo económico. Siempre hay en todo pueblo una élite culta; la hubo y la hay en España, la hubo en Alemania, la hay en todos los países existentes. Pero una élite culta no es siempre signo de la cultura bien orientada de un pueblo. La felicidad de un conglomerado social depende de la densidad y de la buena orientación de su cultura. Si la cultura es desorientada, si en ella hay una jerarquía invertida de los valores espirituales la densidad cultural, en vez de beneficiar, perjudica.

Va Henríquez Ureña en busca de la expresión de nuestro espíritu poético cuando presenta la revolución de la métrica castellana de Rubén Darío, quien según él ataca el óptimo tesoro de nuestra métrica, el endecasílabo. Restaura el endecasílabo anapéstico del período preclásico y lo intercala entre los yámbicos a la manera clásica italiana.

Su estudio del endecasílabo castellano, no tiene por objeto, como podría creer un lector superficial, señalar las vinculaciones de los endecasílabos anapésticos, yámbicos y sáficos castellanos con las mismas formas italianas, sino por el contrario, mostrar su autonomía con respecto a su hermano clásico italiano, cuyo ritmo altera de modo visible —según Henríquez Ureña— por

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

la introducción de un acento en sílaba impar, situada en medio de las dos sílabas pares sexta y octava.

A la autorizada opinión de Stengel —que en su *Romanische Verslehre* (Teoría de la Versificación Neo-Latina) que dice: “como extranjero debe considerarse el endecasílabo en España y Portugal” se opone Pedro Henríquez Ureña cuando muestra que no sólo en el cambio de los acentos sino también en las combinaciones de las diversas formas de endecasílabos, la expresión del más noble verso castellano, adquiere carácter de objetividad autóctona.

La investigación científica en que muestra Pedro Henríquez Ureña el origen irregular de la poesía castellana, desde la relativa anarquía del *Cantar del Mio Cid* y la uniformidad de la métrica de Berceo en la Edad media hasta la versificación amétrica de hoy, no es sino una profunda búsqueda de la expresión de nuestro espíritu poético de todas las épocas. La métrica castellana no es isosilábica como la griega y la latina sino en algunos casos esporádicos de preciosismo cultural poético.

La poesía castellana en su origen surge irregular en los cantos populares, se torna regular con los poetas palaciegos de los siglos XVII y XVIII para volver a ser irregular en el versolibrismo de la época moderna y actual.

La profunda labor sobre la métrica castellana de Pedro Henríquez Ureña hubo de ser muy beneficiosa para los movimientos literarios modernistas de la América Latina y de España. La primera edición de la obra data del 1920 y ya en 1921, en nuestros primeros manifiestos postumistas, al pedir absoluta libertad de metro y rima así como de motivos, vocablos poéticos y expresión de la emoción estética nos sentíamos respaldados por esa obra gigante de investigación de la métrica castellana que discutíamos con juvenil alegría en nuestros cenáculos literarios de aquellos tiempos.

Esta investigación científica de Pedro Henríquez Ureña conduce a esta consecuencia ineludible: a la identidad del verso libre, irregular, rítmico con la prosa. No hay oración de lengua alguna que carezca de la acentuación propia de la índole del idioma. Desde que la oración sale de nuestros labios en alas de su prosodia natural cabalga sobre ella la acentuación rítmica. Todo lo que hablamos lo hablamos en verso. La prosa no es más que un poner a renglón seguido los versos. En el habla las pausas, y en los escritos comas y punto y comas señalan los términos de oraciones o frases melódicas, los finales de los versos.

En busca de la expresión de nuestro espíritu llega Pedro Henríquez Ureña a la Argentina y allí realiza al lado de los Romero, los Pucciarelli, los Guerrero, los Alonso, su más fecunda labor espiritual. Allí escribe sus Seis Ensayos en Busca de nuestra Expresión, que es una calurosa defensa del alma y de la cultura americanas. En ella ataca males nuestros como "el afán europeizante" y exalta los valores de este continente, pide una tabla de valores americanos que señale cúspides de jerarquías culturales.

Rechaza el pedimento que Ortega y Gasset hace a los argentinos de "extrangular el énfasis" y la frase insidiosa con que Eugenio D'Ors despide a Alfonso Reyes: "El que le tuerce el cuello a la exhuberancia". Para Pedro Henríquez Ureña ni somos típicamente enfáticos ni específicamente exhuberantes; hay entre nosotros ambos tipos de escritores como en cualquier otra parte, pero no lo son todos. Es cuestión de categorías personales que se dan en todos los ambientes. Hay Países de América como México y el Perú en que es excepcional la exaltación. Pero tenemos corrientes y escuelas de serenidad, de refinamiento, de sobriedad. Rechaza también el prejuicio de la "América buena" y "la América mala", especialmente en el sentido de que esa diferencia la determina la influencia de cli-

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

ma y la división de zonas frías, templadas y tórridas. Por último, Pedro Henríquez Ureña, a más de otros innúmeros trabajos de la misma índole, encuentra cómo se objetiva el espíritu en la expresión de las letras coloniales en Santo Domingo. Era él un obsesionado de la expresión, un infatigable abanderado del espíritu, como que sabía con Hegel que el espíritu es expresión, que el espíritu sólo se manifiesta en los productos objetivos de la cultura, en la expresión en todas sus formas. Por eso fué eminentemente objetivo, porque hay que serlo para encontrar las formas definidas de la expresión del espíritu y no nublarlas con la pasión subjetiva o con el prejuicio pasional. Pero para ser objetivo es necesario ser culto en el recto sentido del concepto. La subjetividad es propia de la animalidad y de la ignorancia, dos hidras a las que Pedro Henríquez Ureña cercenó desde muy temprana edad las cabezas.

Su extensa investigación en el orden del teatro mundial, confirma nuestra tesis de que fué un obsesionado de la expresión espiritual en todas sus formas. Fué a buscar la expresión del espíritu universal, y lo señaló desde el fondo mismo de la tragedia olímpica, sobrenatural, de los trágicos griegos, desde el intrincado tropel de pasiones y de ideas humanas de los dramas shakespeareanos hasta llegar a la comedia mundana, fina, mordaz y sutil de la gracia de la moderna escena francesa, el teatro multiforme y sabio de Lope de Vega, Calderón de la Barca y Ruiz de Alarcón e inclusive las comedias realistas y ultramodernas del teatro actual.

Conocedor profundo del teatro universal y especialmente del griego, Pedro Henríquez Ureña nos legó su Nacimiento de Dionisos, en cuyas páginas las pasiones humanas y las iras olímpicas de los dioses inmortales se mezclan como en Sófocles y Esquilo, para darnos la sensación sublime de esa realidad idealizada hasta lo sobrenatural de la tragedia griega: Semele la hija de

Cadmo a la sola presencia del amado Zeus es devorada por las llamas, y sin embargo éste salva al hijo no nacido aún que llevaba ella en sus entrañas y que es el Dios niño esperado que ha de salvar a Tebas.

En la tragedia griega, el hecho puede ser insólito, pero los sentimientos y pasiones que provoca son, unas veces humanos en almas divinas y otras veces divinos en almas humanas.

Ni la precedencia de las tragedias griegas en idioma español de Hernán Pérez de Oliva, nubla la gracia apolínea de este Dionisos que nace dos veces para recibir la gloria y la mirra de un culto. Pedro Henríquez Ureña, demasiado helenista, se ajusta a la concepción griega del conflicto trágico de obtener un desenlace sin desastre, y aún jubiloso como los de las Euménides de Esquilo y la Alceste de Eurípides.

El magno concededor del teatro griego no escribe en versos El Nacimiento de Dionisos no sólo porque sigue la tradición de los más insignes traductores de la tragedia clásica, sino por la dificultad de emplear metros castellanos que puedan sugerir las formas poéticas de los griegos.

Sin embargo aunque lo escribe en prosa, puede mostrarse que lo hace en sonoros y alados versos castellanos:

Llegó la hora fausta
del nacimiento de vuestro Dios epónimo
y el soberano de los inmortales
abriendo su carne sagrada
lo ha dado a la vida.

La dureza que el oído versado en las métricas regulares pueda advertir en los tres últimos versos se debe a la combinación métrica desusada de endecasílabo con cinco sílabas inacentuadas, un eneasílabo de ritmo anfibráquico como el de la Marcha Triunfal y un sextasílabo, inacentuado, arítmico.

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Este ensayo de tragedia antigua corresponde a la forma del período anterior a Esquilo, la misma forma que empleó el poeta Frínico. Además de las características de estilo de que nos habla el mismo Henríquez Ureña, debe notarse que en esta forma primigenia de la tragedia griega por la cual tuvo marcada predilección el erudito del teatro antiguo, contrariamente a las tragedias de Esquilo, Sófocles y Eurípides, en las que aumentan los personajes humanos, en ésta crece el número de los mitológicos.

De ahí la majestuosidad de este nacimiento de Dionisos, despojado de las pasiones, los odios y los sentimientos genuinamente humanos del Edipo Rey, del Prometeo Encadenado o de las Troyanas. En este sentido se advierte la graduación del predominio de personajes humanos sobre los mitológicos cuando pasamos de Esquilo a Sófocles y a Eurípides. En el Prometeo Encadenado además de la Fuerza, la Violencia y el mismo Prometeo, aparece el coro de las ninfas oceánicas. Oid como recibe al Dios niño el coro del nacimiento de Dionisos, en majestuosos versos irregulares:

"Llega dios niño, Dios virginal coronado de yedra; coronado de serpientes; Dionisos fructuoso lleno de aromas, portador de mieles".

Tragedia ésta la más desprovista de pasiones humanas, de todas las tragedias griegas. Para apreciar su idealidad sublime comparémosla con los dramas modernos burdamente realistas pero genuinamente humanos en que la dramática desciende, aunque con intención moralizadora, hasta las pasiones más soeces y protervas.

El amor de Pedro Henríquez Ureña a esta tierra que le dió caricias maternas es de los que alcanzan la categoría de epónimos. Si tomamos en consideración los factores no puramente valentes que pudiesen haber contribuído a la perenne intuición de ese amor a la tie-

rra de sus mayores, en primer término hemos de señalar la jerarquía espiritual de la propia singularísima persona de Pedro Henríquez Ureña. En segundo término las raíces espirituales, biológicas e históricas que tuvo con su familia ilustre y con la historia y la cultura dominicanas. ¿Podría, por ventura, ese jardinero de las culturas universales ignorar que en éste su Santo Domingo brotaron las primeras rosas de la cultura americana? Nadie ha sido cultivador más solícito que él de los productos objetivos de nuestra cultura desde la colonia hasta la época actual.

Ahí está para afirmarlo el estudio sobre el idioma español en Santo Domingo, una de sus investigaciones filológicas más notables, desde el punto de vista científico, sobre la evolución y adaptación del lenguaje castellano en América; *Literatura Dominicana, La Cultura y las letras Coloniales en Santo Domingo*, "estrella solitaria en el cielo de nuestra historia interna". La vida intelectual en Santo Domingo, los ensayos sobre Gastón Deligne, José Joaquín Pérez; el estudio sobre Ruffinito, que más que sobre la historia novelada es un agudo análisis de los orígenes de la independencia dominicana, y la epístola sentimental y ática teñida de azul melancolía escrita a Leonor Ma. Feltz, la maestra de sus primeras lecturas literarias, a quien recuerda en 1910 la patria lejana y triste, triste como todos sus hijos, solitaria como ellos en la intimidad de sus dolores y sus anhelos no comprendidos".

Pronuncia varias conferencias sobre la literatura dominicana como la que dictó en la Universidad de Montevideo. En aquella ocasión mostró la literatura de Santo Domingo desde Leonor de Ovando, que pulsó con manos femeninas la primera lira Americana, hasta el movimiento postumista, incomprendido y rechazado aquí por sus mismos compatriotas. Se puede decir que Pedro Henríquez Ureña, aunque ausente de Santo Domingo la mayor parte de su vida, amó con más de-

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

voción los valores dominicanos que la mayoría de los que nos quedamos recibiendo el beneficio de la realidad de este ambiente tan moderno como arcaico y legendario. Era el amor nostálgico a la Patria lejana, puro por lo ideal y por lo incontaminado de realidad sensible.

Pero en ningún objeto se aprehende más hondo ese amor a la tierra de brisa soleada como en las cartas del maestro a Máximo Coiscou Henríquez, mi hermano en la religión del espíritu, iniciadas en 1916. En ellas se revelan las constantes inquietudes del ilustre dominicano ausente, cuando anuncia su propósito de escribir una historia de la literatura dominicana; da informes pormenorizados para erigir una estatua a Duarte; proyecta editar las poesías de José Joaquín Pérez; ofrece los tesoros de su archivo literario para un futuro Museo Nacional y da detalles, desde tierras lejanas, hasta de los santos cambiados de una a otra de nuestras numerosas iglesias. Para saber cómo se dedicaba a la vida cultural dominicana y cuál era su devoción por Santo Domingo, piénsese tan sólo que conocía el lugar exacto que ocupaban los santos de nuestros templos, cuáles de ellos tenían cambiados sus nombres y cuáles eran tallas valiosas de los siglos coloniales.

El espíritu platónico de Pedro Henríquez Ureña se manifiesta en tres formas: En el rechazo de las ideas modernas antiplatónicas del positivismo y el pragmatismo; en la devoción profunda a la cultura griega y en la consagración al culto de los más altos valores del espíritu, desde el valor religioso y el valor del soberano bien platónico hasta los valores estéticos y los de lo verdadero y de lo falso de todo conocimiento.

Y de modo expreso, se advierte su influencia platónica donde quiera que se posa su vuelo admirativo.

El divino Platón es su modelo y su guía; cuando su reconocimiento de Azorín no lo lleva a rechazar a Menéndez y Pelayo lo hace por su marcada inclinación

platónica. Presenta a Oscar Wilde y a D'Annunzio bajo el palio áureo y eterno del espíritu platónico, y eleva a las cumbres de la perennidad a los poetas de la poesía mística española, que sólo por platónica irradia un ambiente austero de eticidad pura y llena con sustancia de absoluto y arrobamiento de éxtasis el sublime abismo cristiano entre creador y criatura. Por esa su influencia profundamente ática, su alma se abisma en la unción admirativa ante "el vuelo platónico de Fray Luis de León, uno de los más grandes poetas de la humanidad".

Dos grandes influencias recibió Pedro Henríquez Ureña, la una como filósofo y la otra como crítico. Influencias de dos cumbres, la una del divino Platón, el filósofo, y la otra del grandioso Menéndez y Pelayo, el máximo crítico de la lengua castellana. La influencia aunque aparece en dos formas puede reducirse a una, a la sustancial influencia de su vida, la platónica. Lo que él ama en Don Marcelino lo ama por platónico, esto es, su erudición ática, su figura genuinamente académica, su espíritu platónico, su respeto a la tradición cultural histórica.

Frente a la hostilidad de Azorín hacia el criterio erudito y académico de Menéndez y Pelayo, hace el crítico americano una admirable defensa. Siente honda simpatía por la crítica renovadora, individualista, intensamente emocional y personalísima de Azorín, pero no rompe lanzas con la erudición académica de Don Marcelino Menéndez y Pelayo, prueba evidente de su orientación platónica. Para él, aunque Menéndez y Pelayo tiene sus limitaciones, lo reconoce como un genio de la interpretación. Azorín le reprocha su estilo oratorio, lo que él llama "la Sinfonía marcelinesca", pero a ello responde Henríquez Ureña: ¿Por qué hemos de rechazar siempre el estilo elocuente? Es excelente cosa escribir como Marco Aurelio, pero, ¿no tuvo Cicerón derecho a escribir?

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Es propio que el estilo emocional, arrebatado y personal de Azorín gane prosélitos ante el soberbio, sereno, grandilocuente y profundo discurrir del venerable don Marcelino. El mismo Henríquez Ureña, en un instante de emocional devaneo, se siente fuertemente atraído hacia Azorín, pero sus hondas raíces en la cultura griega lo despiertan de su ligero sueño romántico.

Menéndez y Pelayo es el crítico absolutamente objetivo, respetador augusto de los valores estéticos que contempla, que no trata de alterar las figuras señeras de la literatura española; Azorín es el crítico revolucionario, subjetivo, romántico, que altera con sus juicios personalísimos —plenos de atrevidas intuiciones correspondiente a nuevas tablas de valores— las obras que critica. A pesar de su admiración por ambos, Henríquez Ureña no cabe en ninguno de estos dos tipos de crítico. El será el crítico ático, erudito e intuitivo, así como un espíritu de Menéndez y Pelayo en la psicología de Azorín.

Una racha de escepticismo pasa con un soplo maléfico, pero aun así fecundo, sobre el espíritu grande y luminoso de Pedro Henríquez Ureña cuando escribe *La Utopía de América*. Hay un instante en que el magno sacerdote del espíritu desfallece ante el fracaso de los valores espirituales en esta edad moderna, ante esta cultura positivista, sin alma, proclamadora de valores materiales, vitales y económicos y negadora de los altos valores espirituales de la cultura humanista. En ese minúsculo ensayo, de una emoción intensa, de proyecciones casi proféticas, pide Pedro Henríquez Ureña una cruzada por la cultura. Ya nos hemos salvado de nuestros males interiores; salvémonos de los males que vienen de afuera. “Que no nos deslumbre el poder ajeno —nos dice— que el poder ha sido siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual; demos el alfabeto a todos los hombres”. Pero no es sólo necesario dar a los hombres el primer alfabeto, es indispensable darles tam-

bién a los alfabetizados el más fundamental, el segundo alfabeto, el alfabeto de la cultura orientada, pues es peor una sociedad alfabetizada que sustenta y vive una falsa cultura que una sociedad analfabeta.

“Esforcémonos por llegar a la justicia social, a la libertad verdadera. Pero a ella no se llega por el materialismo histórico, sino por la cultura bien orientada. ¿Qué vamos hacia la Utopía? Si”. Henríquez Ureña lo reconoce valientemente. “La utopía no es vano juego de imaginaciones pueriles; es una de las magnas creaciones espirituales de la Grecia clásica”.

Pedro Henríquez Ureña no es sólo grande por sus elaboraciones espirituales e intelectuales, sino por ese profundo anhelo que agota su vida por elevar al hombre del mundo de la materia al maravilloso universo del espíritu. Por eso lucha como Antonio Caso, contra el comunismo, contra toda idea materialista, sea económica o areligiosa o amoral. Lucha serena y austera que en el pensador dominicano se advierte aún menos que en el filósofo Mexicano. En lucha callada, noble, seráfica, se limita, no a combatir y discutir tales extravías ideas, a lo que descendió el autor de *La Persona* y el Estado totalitario, sino meramente a anteponer los valores espirituales en los productos objetivos de la cultura, a la desorientación materialista del presente, seguro de que el hombre sólo puede ser salvado por una cultura espiritual.

En el “Nacimiento de Dionisos” aparece en su desnudez suprema la medula de la tragedia, no empañada por ningún asunto secundario de escenografía. En el teatro moderno, la influencia de lo histórico y las decoraciones, aunque logran éxitos efectistas, lo hacen a veces con mengua de la esencia de la vida plena que ha de ser el contenido esencial de toda obra teatral.

La técnica del “Nacimiento de Dionisos” nos muestra con evidencia la posición que ha de tomar más tarde el erudito del teatro griego frente al problema del esce-

nario del teatro moderno. Quien al hacer teatro clásico escogió la forma más simple de la escena griega, es propio que se decidiese por la solución radical en la discusión problemática sobre el escenario. Rechaza el realismo, porque la decoración minuciosa se traga la escena y nubla lo esencial en el teatro, que es el drama. Aprueba aunque con remilgos la dirección artística, especialmente cuando sugiere, con el vehículo del arte pictórico puro, la realidad, pero no cuando mezcla a ésta, en contubernio monstruoso con el arte, como en el caso de una marina en que una barca real se desliza, con personajes reales a bordo, sobre un mar pintado.

Ve con agrado la solución histórica que pide para cada obra escenario igual o semejante al que tuvo en su origen, lo que había provocado ya el resurgimiento de los teatros griegos al aire libre. Pero la solución histórica exige mucho tacto, pues como en las decoraciones minuciosas de la solución realista, puede la historia ahogar la vida del drama. Confiesa Pedro Henríquez Ureña su desmedido amor a la solución radical, a la simplificación absoluta, que ya de hecho había realizado en su "Nacimiento de Dionisos". Nada conozco mejor, dice, que Sófocles, Eurípides, Shakespeare, Racine, sin decoraciones o con meras indicaciones de lugar. Por eso le entusiasma sobremanera el Hamlet de Forbes Robertson que presencié en Inglaterra sin decoraciones, a penas con los simples cortinajes verdes preconizados por William Poel, que es, según el mismo Henríquez Ureña, la realización más extraordinaria que vió sobre la escena.

Queda pendiente, sin embargo, una discusión problemática sobre la trascendencia del escenario con o sin decoraciones en la obra teatral.

¿Es indispensable la decoración en toda obra?, ¿o la importancia del escenario y las decoraciones depende del tipo de drama que se lleva a la escena? Puede y debe en todos los casos reducirse a un mínimo la deco-

ración como en el teatro griego y como en el Hamlet de Robertson? Henríquez Ureña parece contestar a estas preguntas cuando considera que hasta el libro de Job y los diálogos de Platón cobran vida escénica.

* * *

Si el erudito escribe ciencia del lenguaje no es como gramático sino como lingüista. No quiere ser policía del idioma a pesar de que el lenguaje es uno de los productos artificiales de la cultura— sino investigador objetivo de los entes del habla, cualesquiera que sean éstos. Si escribe una gramática no le da orientación normativa sino dirección empírica; enseña el idioma no con reglas reguladoras sino con numerosos ejemplos de la expresión literaria. Más que gramático fué filólogo, un genuino filósofo de la expresión hablada y escrita. En su filosofía del lenguaje concibe el idioma en forma semejante aunque distinta que Herder y Humbolt, y afina aún más que los filósofos positivistas modernos del lenguaje: De Saussure, Meillete y Vendryes, las distinciones entre lingüística o filología y gramática. Señala con Vossler y Croce, aunque no en discusión problemática, la crisis de la gramática general, que según él no es un fenómeno meramente lógico, intelectual, sino un producto estético del espíritu humano en su totalidad.

La discusión queda sin embargo abierta. ¿Es el lenguaje un fruto complejo de la totalidad del espíritu humano?, ¿o es el idioma como idioma un vehículo expresivo de las formas ideales de los pensamientos? En todo lenguaje como vehículo de expresión se manifiesta la totalidad del espíritu, pero el objeto esencial del lenguaje son las formas expresivas, correlato material sensible de las formas ideales lógicas, del pensamiento idiomático.

* * *

Maestro por temperamento y por estirpe. Su figura apostólica estaba siempre nimbada por el aura lu-

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

minosa y sagrada del guía y del educador, del modelador de almas. Su palabra y su pensamiento fueron siempre signos y significación de formas culturales y rutas del espíritu. Jamás se oyó su voz que no fuese para orientar mentes extraviadas, para rectificar juicios falsos, para hacer cumplir los valores en su perfecta jerarquía espiritual. Cuando dirige la educación pública dominicana, se justifica su genuina vocación de maestro —maestro no es el que enseña e ilustra, sino el que guía, el que da formas al alma, el que modela espíritus— al crear de nuevo en nuestra República el antiguo bachillerato unificado, humanista, que no desintegra la estructura del alma humana; que no pone a los hombres en contacto con conocimientos parciales, sino que da al individuo un conocimiento integral del mundo de los valores jerarquizados y crea así a la persona humana como una totalidad espiritual.

Educación formadora de la persona espiritual según muchos, apta para comprender, vivir y resolver los complejos problemas modernos de la persona individual y social a la que la mayoría de los pedagogos norteamericanos de hoy, tradicionalmente especialistas, le dan el más fervoroso asentimiento. Sin embargo, para el filósofo no dogmático siempre será un problema decidirse entre las dos posiciones antinómicas del especialismo y el humanismo. Y en último caso surge la interrogante de si la educación, cual que ella sea, tiene un poder formador absoluto del alma humana, o si toda psique trae un núcleo en su estructura óptica resistente a una total transformación.

* * *

Pedro Henríquez Ureña es uno de los más grandes humanistas de que puede vanagloriarse este mundo moderno antihumanista. Elevado tipo de persona muy escaso en esta civilización en que la ciencia, la técnica y el trabajo manual baten en retirada a la arquitectura perfecta del alma humana. Como Platón, creía él que el

trabajo manual no deforma sólo el cuerpo sino también el alma. Es el hombre que dedica toda su vida al cultivo de la persona; no le interesan las cosas ni la materia sino en cuanto son infundidas de valor en la forma expresiva que le da el espíritu. Busca con denuedo la expresión porque en ella trascienden los productos objetivos de lo estético. Es él uno de los pocos hombres que en el mundo hacen desprecio del dinero para poner toda su acción al servicio de la cultura. Vió lo económico como un valor de utilidad que debía estar siempre al servicio de los valores más altos. Fué humano que no anduvo jamás detrás del oro sino que por el contrario, el dinero fué tras de él, en tímida ofrenda, temeroso de ofender su espiritualidad con su presencia.

Amó y cultivó los valores de lo sagrado, porque su alma, arrobada por los más sublimes delirios, es de aquellas que han conocido el lenguaje irracional de lo absoluto. Bueno y manso como un San Francisco de Asis, no le influyó sin embargo el misticismo panteísta del monje; se dió siempre a los demás como que sólo poseía eso que al compartirse ni se divide ni se mengua. Como Sócrates fué maestro de juventudes; Pico de la Mirándola en las Universidades que se honraron con tenerlo en su seno; centro de atracción en círculos literarios y en galantes fiestas del espíritu.

Se dió con fervorosa paciencia a la obtención de la objetividad de los valores estéticos y señaló con nobleza el valor bello sin que la más leve nubecilla de pasión o de prejuicio nublase nunca la majestad de quien se dedicó al magisterio sagrado de la objetividad cultural.

Fué un torturado de la idea, un apasionado de la psique ajena, un admirador de la persona humana como protagonista del drama trágico que en la vida se realiza entre individuo y persona. De ahí su señalada pasión por el teatro, pues en la vida y en la escena se dan la tragedia y el drama de la persona, como realidad y

HOMENAJE A PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

como idealidad. Todo cultivo para él fué cultivo de espíritu y para el espíritu.

Cuando hace ciencia es ciencia de lo puro intelectual, ciencia de los valores, de lo verdadero y de lo falso. Hace ciencia porque es atormentado por el conocimiento puro. No oyó nunca las voces espurias de la utilidad material, sino los clarines áureos del espíritu. Maestro exclusivo de lo espiritual, cultivó su espíritu para cultivar a la persona y no a las cosas. Como un santo láico, sólo le interesó la arquitectura espiritual del alma humana.

